

Análisis del Prof. Pablo Fernández Iriarte

Exposición CarneSerVida

Carnes vivas, cuerpos despedazados pero perfectos, contradicción infinita entre la vida y la muerte, entre el ser y el no ser, que me provoca náuseas y me des-alienta. Acaso ¿somos eso que se muestra ahí? ¿cómo? ¿yo también soy eso?

Cuerpos despedazados, partes de mí que asumen una autonomía indeseada, me interpelan, me cuestionan, me irritan. ¿Cómo siguen viviendo si ya no forman parte de mí? Y sin embargo, allí están “carnes vivas” con su nuda existencia de perfección inmaculada. El arte nos provoca en lo más íntimo y nos reintegra a las preguntas fundamentales de la filosofía: ¿Quién soy? ¿qué soy? ¿soy un cuerpo? ¿tengo un cuerpo? Si soy una cosa que piensa ¿qué es “esa cosa” que piensa? El cuerpo, la carne viviente nos arrastra al límite de lo pensable. Y sin embargo, más allá del límite ¿qué son esos cuerpos despedazados? Dificultades intrínsecas del lenguaje – metafísica para uso de monos como diría Ciorán – por pretender expresar eso que se nos antoja inexpressable. ¿Qué se “yo” de mi cuerpo, de mis órganos, del sensible y equívoco equilibrio de sus funciones que me permiten sentir, pensar, vivir, “ser”? ¿Quién se siente suficientemente vivo como para investigar que es lo que pasa allá abajo, en nuestra carne viva, en nuestros órganos vivos, en las desgarradoras partes que constituyen nuestro ser?

En ese yo ambiguo encontramos parte de la tragedia de la modernidad: a veces ese yo se autoconcibe distinto al cuerpo, otras veces se identifica con él hasta confundirse. Es cierto que hoy ya no apelamos a un alma inmaterial para explicar el yo; simplemente recurrimos a una conciencia que forma parte de nuestros órganos más desarrollados, una corteza fina y delgada, en definitiva, un cuerpo como cualquier otro cuerpo. Ya no tengo un cuerpo, soy un cuerpo. ¿qué otra cosa podría ser?

El cuerpo es un todo inestable, una suma de funciones y de órganos que tienden al desequilibrio impulsados por la vida pero también por la muerte, por la nada, por la descomposición, por la desintegración. Cuando la muerte nos acecha empezamos a admitir que la unidad del cuerpo es solo aparente, sentimos en carne propia la irrealidad de la vida. Somos un cuerpo, un cuerpo que deja de ser cuerpo a cada instante, un cuerpo que no es. ¿No somos? ¿Qué somos? ¿Por qué seguimos diciendo “yo” al referirnos a esa efímera, provisoria y aparente unidad de un cuerpo que se despedaza día a día?

Si ya no “somos” ni por el alma ni por el cuerpo ¿quien nos devolverá esa unidad, esa referencia incorruptible que nos haga un poco reales y que nos permita seguir sintiéndonos auténticamente vivos? No hemos penetrado suficientemente en los equívocos signos de la vida. Se nos escapa su sentido. Lo poco que sabemos de la vida ya no nos sirve para pensarla. Hemos aprendido impunemente a referir nuestro yo a una realidad insustancial que se consume, se esfuma, desaparece.

El arte de “CarneSerVida” nos provoca porque nos devuelve una imagen invertida de nuestro yo: la realidad de la carne viva nos produce la imagen de nuestro propio cuerpo despedazado y a la vez en perfecto estado de conservación. Lo que debería estar muerto, la carne, vive. Lo que debería vivir por siempre, el yo, no se reconoce en sus partes. Deseamos vivir por siempre sin la corrupción de nuestro cuerpo. Acá, en cambio, hallamos los pedazos vivos de nuestro cuerpo que adquieren vida a pesar nuestro. Contradicción insoluble que solo se resuelve por apelación a la tradición cristiana: ¿Qué otra cosa podrían ser esos cuerpos sino cuerpos resucitados? Los cristianos creen no solo en la resurrección del alma sino también en la resurrección del cuerpo, pero ¿qué cuerpo resucita? Un problema que jaqueó a teólogos y filósofos cristianos en todas las épocas: ¿cómo resucita el cuerpo? ¿en que se diferencia nuestro cuerpo corruptible y el cuerpo del hombre resucitado? El cuerpo del resucitado es perfecto, no está sujeto a la corrupción, no tiene necesidades. ¿Cómo representar ese cuerpo perfecto? Se me ocurre que el cristianismo debería haber prohibido toda representación porque de alguna manera la idea de un cuerpo perfecto es irrepresentable, monstruosa. En esta exposición solo encontramos

partes de ese cuerpo sin ninguna pretensión evidente de inmortalidad. Sin embargo, con esas partes la imaginación reconstruye un cuerpo perfecto, sólido, macizo, definitivo, incorruptible. La síntesis es ciertamente algo intolerable y terrible. ¿Qué vida le hemos dado a ese engendro? ¿Qué podría decir ese hombre de sí mismo si pudiera hablar? Tal vez, como aquel inmortal de Borges, buscaría desesperadamente el río que le devolviera su mortalidad perdida.

En todo esto huelo algo siniestro que apenas puedo explicar. Siniestro en un sentido cabal, algo extraño porque me es familiar. Será que de carne somos, pero de otra carne, de una carnalidad que no podemos asimilar y ni siquiera nombrar. La realidad de la carne, de la carne que somos o que presentimos ser, no está en su presunta o ficticia incorruptibilidad. Detener el río que es la vida solo enturbia las aguas pero no por eso deja de ser real lo que deviene, lo que es definitivamente mortal y temporal, como aquél río de Heráclito donde nunca nos podemos bañarnos dos veces. La realidad de esa carne tan aparentemente real se nos escapa porque está impregnada de una duración arbitraria que la perfecciona pero que la sustrae de la corriente de lo vivo.

En el fondo al ver estos cuerpos tan muertos y tan vivos mi imaginación me remite indefectiblemente a ciertos mitos que se repiten una y otra vez desde muy antiguo. Renovado mito que ve en la ciencia y en sus aplicaciones tecnológicas la factibilidad de un ser que se recrea a sí mismo, de un Golem desarticulado, pero eterno, siniestramente eterno, un nuevo Frankenstein hecho de partes tecnológicamente diseñadas. ¿Seremos una nueva raza de creadores de una nueva vida o solo volveremos a recrear nuestros fantasmas? ¿Pretensión legítima del conocimiento humano – por evitar lo inevitable – o la renovada rebelión de Prometeo que apela al saber para desafiar a los dioses?

Prof. Pablo Fernández Iriarte